



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Universalismo laico, ecumenismo religioso: un encuentro necesario

Autor: Levi, Arrigo

Forma sugerida de citar: Levi, A. (2000). Universalismo laico, ecumenismo religioso: un encuentro necesario. *Cuadernos Americanos*, 5(83), 69-77.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIV, Núm. 83, (septiembre-octubre de 2000).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Universalismo laico, ecumenismo religioso: un encuentro necesario

Por Arrigo LEVI
Primer vicepresidente, SEC

ENTRE LOS GRANDES TEMAS de los que se ocupó la Sociedad Europea de Cultura en el curso de su primer medio siglo de vida, el de la relación entre cultura laica y cultura religiosa, o entre política de la cultura y política de las Iglesias, ha ocupado una posición relativamente marginal. Mejor dicho: no ha sido tratada recientemente de manera directa. Pero hay que decir que ya se la había hecho objeto de una importante indagación, con la participación de intelectuales laicos y de personalidades del mundo religioso. Los textos de esta indagación fueron publicados en el número 26-27 de *Comprender*.

La fecha de esta indagación: el año 1964, hace 36 años, cuando el mundo parecía estar todavía en plena Guerra Fría, una guerra fría que estuvo a punto de convertirse en caliente, sólo dos años antes, con la época de la crisis de Cuba. Pienso que se daba una notable prueba de clarividencia al ocuparse de un tema aparentemente alejado de la actualidad, pero que no había escapado a la atención de Umberto Campagnolo.

En su introducción a la indagación, que es útil tomar como punto de partida para una discusión del tema del encuentro entre universalismo laico y ecumenismo religioso en el momento actual, Campagnolo partía (y lo cito)

de la comprobación que hay cristianos, impulsados por su fe, y hombres de cultura en cuanto tales, que sienten cada vez más la necesidad de "vigilar" los cambios que la humanidad está sufriendo, de intervenir en ellos para orientarlos, y a veces profundizar, incluso corregir su visión del mundo, distinguiendo en ella lo que es esencial de lo que no lo es. Unos y otros se muestran conscientes de su responsabilidad, aunque siguen actuando en planos separados.

Subrayaba que esta voluntad de encuentro e desarrollaba “bajo la presión de acontecimientos histórico contingentes”. Observaba también que las Iglesias “lanzaban en todas direcciones invitaciones al diálogo: a las otras religiones, a la sociedad, a la ciencia, a los movimientos y a las doctrinas políticas”, y que “para entablar este dialogo, parecían dispuestas a poner, por así decir, entre paréntesis exigencias que antes no aceptaban ver discutidas”. En este esfuerzo, decía, “se va mostrando una voluntad de alcanzar lo esencial”.

E incluso si Campagnolo juzgaba “imposible prever el resultado de este proceso de esencialización de las Iglesias”, consideraba que era “licito pensar que no se detendrá antes de haber llevado enteramente el humanismo a la intuición cristiana del hombre”.

Era una intuición notable. Si tenemos en cuenta desarrollos en el seno de las Iglesias, y muy especialmente de la Iglesia católica, en el campo del ecumenismo, que se ha abierto cada vez más, por encima de las relaciones entre las Iglesias cristianas, al diálogo con todas las religiones y los representantes del humanismo laico. Este diálogo ha contribuido seguramente a producir importantes cambios, si no en la doctrina, por lo menos en la visión del mundo y la visión de la propia historia, por parte de la Iglesia, cuya identidad se ha enriquecido con una dimensión “humanista” que tiene antiguas raíces en el pensamiento cristiano y en sus fundamentos hebreos.

2

LA definición “esencialización de las Iglesias” podría pues aplicarse a ciertos desarrollos que no vacilo en definir revolucionarios en la Iglesia de Roma por iniciativa de Juan Pablo II, el Papa polaco que está reescribiendo la historia de la Iglesia y, al mismo tiempo, prosiguiendo y desarrollando el proceso de *aggiornamento* iniciado por Juan XXIII hasta resultados sorprendentes: para los católicos así como para los no católicos.

Cito un pasaje de un artículo reciente de Shimon Peres a propósito de la visita del Papa a Medio Oriente: “Punto de llegada de un largo proceso de acercamiento entre las grandes religiones y las grandes civilizaciones, nacidas de los mismos profetas y del mismo libro, la Biblia, pero separados por siglos de tensiones y prejuicios que han creado innumerables tragedias”. Si se ha llegado a estos resultados, continúa Peres, “una gran parte del mérito se debe

a un pontífice que se ha revelado como uno de los más importantes dirigentes espirituales de nuestro tiempo”.

Campagnolo consideraba ya en 1964 que un encuentro entre cultura y religión (he preferido elegir como título de mi ponencia una formulación ligeramente diferente, hablando de “universalismo laico y ecumenismo religioso”) era posible si se reconocía que “la transformación actual del mundo es debida al pensamiento occidental, bajo el doble aspecto religioso y cultural, mientras que las otras civilizaciones tienden a oponerse o a adaptarse a él”. El acercamiento entre estas dos grandes corrientes de la civilización occidental era, en su opinión, del todo natural, si se reconocía que “el humanismo es fruto del encuentro entre el universalismo idealista de los antiguos y el sentido histórico del cristianismo”. Que las primeras raíces del humanismo y del universalismo se encuentran en la idea de Dios, del Dios de los profetas, de Moisés a Jesús, me parece un hecho histórico evidente.

Parece indiscutible — seguía escribiendo Campagnolo — que la religión cristiana y la civilización de Occidente tienen en común la vocación a lo universal. Es ciertamente esta vocación lo que ha permitido calificar como cristiana la civilización de Occidente. Una manifestación de la vocación a lo universal, sobre el plano político y social, es la aspiración, que comparten hombres de fe y hombres de cultura, a un orden mundial, a una organización política y jurídica planetaria.

Campagnolo concluía su análisis diciendo:

En este terreno (el terreno de la historia), sobre todo si estamos persuadidos que en el origen de toda civilización se encuentra un acto de fe, se puede legítimamente esperar que las barreras entre el espíritu religioso y el espíritu laico terminarán por caer

3

Hoy, 36 años después de estas palabras, estas barreras han caído en gran parte. ¿Por qué? ¿Porque el diálogo religioso-laico se ha intensificado? ¿Cuáles son las razones profundas que hacen hoy aparecer como “necesario”, como he afirmado en el título de mi ponencia, este encuentro? ¿Por qué el viento del ecumenismo, de un ecumenismo ampliado a una cultura laica, se ha hecho hoy tan fuerte, mucho más allá de lo que era hace 36 años?

En esa época, por otra parte, este diálogo tenía como interlocutores sobre todo a creyentes religiosos por un lado y a intelectuales marxistas por otro: se asistía, por así decir, a un encuentro “entre dos Iglesias”. Hoy una de esas dos Iglesias se ha derrumbado y sus intelectuales desaparecido con ella (los intelectuales no tienen fama de permanecer a bordo de un barco que se hunde); pero el diálogo ha continuado entre los representantes de la cultura religiosa y los representantes de la cultura humanista laica, cuya ideología coincide con el humanismo universalista de Campagnolo. Se sigue dialogando (tras haber publicado, hace sólo unos días, un librito cuyo título es *Dialoghi sulla fede, Diálogos sobre la fe*, estoy muy convencido de ello), en la convicción de los unos y los otros, que el diálogo es necesario y urgente. ¿Por qué?

Podría contestarse que el diálogo es un bien en sí mismo, y que no tiene necesidad de ser justificado por resultados concretos y menos todavía inmediatos. En principio, pienso, está el *diálogos*, no sólo el *logos*. Creo que no existe pensamiento fuera del pensamiento dialógico. El pensamiento, como actividad específica del hombre, nace del diálogo. El diálogo es para el *Homo sapiens* una elección instintiva y existencial, más allá de los resultados que puede producir. Y solamente por el diálogo se puede “esencializar”, como habría dicho Campagnolo, nuestro pensamiento.

4

Lo importante, y nuevo, es más bien el hecho de que la opción por el “diálogo”, que es del todo natural para un intelectual laico acostumbrado a confrontar su pensamiento con el de los otros, se haya convertido hoy, cada vez más, en la opción de las Iglesias, que no pretenden ya ser las detentadoras de la Verdad absoluta, aun cuando no hayan renunciado a anunciar su Verdad, pero que están dispuestas a someterse a la prueba del diálogo con los otros, “poniendo entre paréntesis”, tal como decía Campagnolo, “exigencias que antes no aceptaban ser discutidas”. Esto es necesario para que el diálogo pueda desarrollarse. Cito un pasaje del libro de mi amigo el padre Vincenzo Paglia, un libro que me ha dirigido (*Lettera a un amico che non crede, Carta a un amigo que no cree*, o que cree de manera diferente): “El Anuncio y el Diálogo son dos aspectos diferentes de la misión única de la Iglesia”. La verdad que anuncia, continúa, es pues “una Verdad dialógica”.

No encuentro nada escandaloso en esta doble naturaleza de la misión de la Iglesia. Y si hay escándalo en esta concepción dialógica de la fe religiosa y católica (y seguramente hay creyentes que encuentran esto escandaloso), el escándalo viene de muy arriba. Es difícil definir mejor el pontificado de Juan Pablo II que diciendo que es el pontificado del Anuncio y del Diálogo. La fuerza del Anuncio crece en la medida en que la intensidad del Diálogo aumenta. Quien se quiere hacer escuchar en el mercado de las ideas de nuestra época, debe hablar muy alto.

Pero la fe laica también, por otra parte, es una fe del Anuncio y del Diálogo. Yo dialogo, el diálogo es para mí lo esencial. Pero con seguridad no renuncio a Anunciar, en voz alta, lo que me parece la Verdad, mi Verdad. Entonces, todos estamos comprometidos en un Diálogo que no impide que tengamos también el derecho, incluso el deber, de Anunciar. ¿Pero cuál es la finalidad de esta doble fatiga, de Anunciar y de Dialogar? ¿Y de dónde viene, ante todo, la urgencia de “vigilar” juntos, así como decía Campagnolo, “los cambios que la humanidad esta sufriendo”.

5

Yo respondo con base en mi experiencia personal de algunos años de participación en el diálogo entre laicos y creyentes o, mejor dicho, entre creyentes laicos y creyentes religiosos, en diferentes ocasiones. Creo que se dialogue, sobre todo, porque se comparte el mismo miedo y la misma esperanza. Se teme a la soledad y a la impotencia ante lo desconocido y ante las amenazas de nuestro tiempo; y el diálogo nos conforta y mantiene viva la esperanza.

Los dos tipos de fe, la laica y la religiosa, tienen en común, como decía Campagnolo, “la vocación a lo universal”, así como “la aspiración a un orden mundial, a una organización política y jurídica planetaria”, así como “la aspiración a un orden mundial, a una organización política y jurídica planetaria”, comparten también la misma búsqueda de ayuda por parte del prójimo para combatir y vencer el miedo y las dudas que nos acompañan ante los “cambios que la humanidad está viviendo”.

El miedo común, y el rechazo de rendirse a él, son, en mi experiencia, las razones de fondo del Diálogo. Y el diálogo es posible porque algunos mecanismos profundos son los mismos para las dos fes, humanista y religiosa.

La fe laica no es menos sólida que la fe religiosa en el esfuerzo por compartir el Mal. Es igualmente misteriosa en sus orígenes, así como en su capacidad de sobrevivir a las terribles derrotas que la historia le impone repetidamente. Y luego, una y otra fe saben que es el hombre el que debe elegir. Dios, dijo una vez Juan Pablo II, “ha renunciado a la Omnipotencia creando al Hombre racional y libre, y como consecuencia se ha sometido a su juicio”. ¡Qué palabras extraordinarias y terribles para un creyente! Cito también de su última homilía del 13 de marzo, el Día del Perdón: “El Hombre es la única criatura sobre la tierra que puede establecer una relación de comunión con su Creador, pero es también la única que puede separarse de Él. Desgraciadamente, en efecto, muchas veces se ha alejado de Él”. Palabra del Papa.

Igualmente, el Dios de Moisés no puede sino presentar al hombre con claridad la elección entre el bien y el mal, entre la vida y la muerte. Es el hombre el que debe elegir. Nosotros, creyentes laicos, sabemos también que no tenemos el derecho de colocar la Razón como juez supremo en el altar donde los creyentes religiosos ven la presencia de Dios. Ni la historia ni la razón nos permiten más que elegir libremente, es decir de juzgar ejerciendo nuestra capacidad, que existe, de distinguir entre el bien y el mal. El Bien no es otra cosa que la capacidad de amar a los otros, y el amor a los otros es el único criterio que permite comprender si una fe es buena o mala, porque, desgraciadamente, hay también fes malas, fundadas en el odio y el desprecio de los otros, sobre la arrogancia, sobre la soberbia. Bien las hemos conocido a lo largo de nuestra vida. Hacer una buena opción es todavía un misterio. La fe es en el fondo una gracia, y por lo tanto un misterio; es también un rasgo en común entre las dos fes, religiosa y humanista-laica.

6

Y NO es el único. Compartimos también, y Campagnolo bien lo había entendido, la misma “aspiración [...] a un orden mundial, a una organización política y jurídica planetaria”, finalmente a un “Estado de derecho” universal. Ya en 1917, en su célebre Nota, el papa Benedicto XV, al exhortar a los Estados cristianos europeos a que pusieran fin a la “inútil masacre”, los invitaba también a crear en el mundo un nuevo “imperio del derecho [...] en interés común de la gran sociedad humana”.

Todos nosotros sabemos que la paz, la cooperación entre los pueblos, la tolerancia recíproca, representan una finalidad muy difícil de alcanzar; y una vez alcanzada, de conservar para las generaciones futuras. Una paz “que no tenga como alternativa la guerra”, en el lenguaje de nuestra Sociedad, exige un Estado de derecho universal. Estamos todavía muy alejados de ello.

El hombre no es sólo la única criatura que puede “alejarse de su Creador”: es también la única criatura que puede, actualmente, destruir la Creación. El problema central, en la condición humana de nuestra época es, nada menos, que éste: preservar la vida en la tierra ya que, por primera vez en la historia, hemos alcanzado el poder de destruirla.

Así dijo el Dios de Isaías a Israel, pueblo de pecadores: “Yo no quiero estar siempre encolerizado; porque el espíritu terminaría por extinguirse ante mí, este aliento que yo he creado”. ¿Cómo evitar “extinguir el aliento”?

7

EVIDENTEMENTE, no existe una respuesta fácil para esta pregunta. ¿Cómo transformar el odio en amor? ¿Cómo convertir a los pueblos? Porque no es sólo cuestión de inventar instituciones capaces de mantener la paz. No es sólo cuestión de transformar los Estados con base en una lógica de paz y cooperación, en lugar de la antigua lógica del poder, de la expansión, del conflicto como ley suprema de los Estados. Para lograr este objetivo es necesario cambiar el corazón de los hombres.

Nosotros constatamos, con satisfacción, que el ideal de cambiar la ideología tradicional de los Estados, sustituyendo la razón de Estado por las razones del hombre, actualmente ya no es sólo una utopía de los filósofos, sino que es más bien una tendencia creciente en la escena global, donde se reconoce cada vez más la autoridad de “tribunales internacionales” encargados de juzgar los crímenes cometidos por gobiernos nacionales, o bajo su responsabilidad. Por esa razón los *mea culpa* del Papa, reconociendo el primado de los valores humanitarios y condenando el empleo de la violencia por parte de las Iglesias durante su larga historia, representan un paso importante hacia una nueva moral internacional, hacia un nuevo orden de justicia.

Limitar la omnipotencia de los Estados nacionales, crear las condiciones para el nacimiento de un estado de derecho universal

es, evidentemente, muy difícil. Pero a veces pienso que todavía sea más difícil convertir a la gente: ya que las raíces de la política de potencia, de la política de la guerra, están muy arraigadas en el corazón de los hombres. Y toda predicación de paz dirigida a las multitudes, como el sermón del Papa, juega un papel importante y positivo, que nosotros, con nuestros valores laicos y universalistas, saludamos con admiración y favor.

8

¿Es posible lograr este objetivo —la construcción de un mundo de cooperación y de paz— por la fuerza, por el poder? Si así fuera existiría una contradicción insuperable. Y sabemos muy bien que la respuesta que nuestra filosofía propone es distinta. Pensamos que la fuerza de lo que nosotros llamamos política de la cultura se encuentre en la fuerza de las ideas. Pues bien, recientemente en los medios ecuménicos se ha empezado a hablar de la fe como de una “fuerza débil”, que en cuanto tal puede cambiar el mundo.

El documento final de la reunión ecuménica de Bucarest, en verano de 1998, documento firmado por los representantes de todas las grandes religiones, contenía estas palabras: “Hemos venido aquí como buscadores de paz. No tenemos fuerza material ni instrumentos de coacción. Somos creyentes. Estamos convencidos que de la fe surja una ‘fuerza débil’ que puede cambiar el mundo, la fuerza del amor y de la fe”.

Pienso que nuestra fe humanista, nuestro universalismo, sea también una “fuerza débil” que quiere cambiar al mundo, y que las religiones que anuncian querer transformarse en una “fuerza débil”, renunciando por lo tanto al empleo de la “fuerza fuerte” del poder material, de la violencia que han empleado sin vacilación alguna en el curso de los siglos, han alcanzado una conversión profunda, que nosotros saludamos con alegría.

Las raíces de la idea de la religión como “fuerza débil” son, efectivamente, muy antiguas: podemos citar muchos fragmentos del Antiguo y Nuevo Testamentos, que introducen esta concepción de la fe en Dios como fuerza débil, que puede cambiar el corazón de los hombres y, por lo tanto, la historia.

A lo largo de nuestra vida hemos conocido una experiencia parecida. Mientras emperadores y dictaduras habían fracasado, durante siglos, en sus deseos de unificar Europa empleando la fuerza de las armas, hombres de fe, de fe laica y de fe en Dios, han conse-

guido crear una Europa de paz, utilizando la “fuerza débil” de la palabra, de la fe y de la esperanza. Han conseguido reconciliar pueblos obcecados que se odiaban y combatían entre sí desde siglos, los han convertido a la cultura de la paz, abandonando la cultura de la paz, abandonando la cultura de la guerra. Su éxito es una lección para el mundo entero.

9

PERO el milagro que se ha cumplido en Europa (milagro, por otra parte, todavía muy imperfecto), nos parece aún más difícil si soñamos su repetición a escala mundial. Lo que queremos completar es una especie de segunda creación del hombre. Es evidente que no se realizará en seis días, y que solamente la unión de todos los hombres de buena voluntad, o mejor, de todos los hombres de fe, laica o religiosa (la simple “buena voluntad” no es suficiente), puede terminar este milagro.

El día de su elección Juan Pablo II lanzó un llamado a todos los pueblos, claro y fuerte: “No tengáis miedo”. Era de nuevo el Dios de Isaías que decía a “Israel que Yo he elegido”: “No temas”.

El ecumenismo religioso es una fuerza nueva que hoy se coloca al lado del universalismo laico, no sólo para “vigilar los cambios que la humanidad está viviendo”, sino para trabajar juntos, cada uno siguiendo su propia vocación, para la construcción de una “organización política y jurídica planetaria” que se inspire en la “vocación de lo universal” que ambas poseen en común. Podemos únicamente alegrarnos por ello. Ésta es la convicción que quería compartir con ustedes.

Traducido del francés por Luisa Ibáñez Pelechá